

La imagen de él es la cama vacía.

un dormir vacío, un soñar vacío, el primer vacío.

Siempre estaba tendida. El orden era una de sus más grandes virtudes, digamos que hasta la obsesión. Se lavaba más de 10 veces las manos, después de realizar cualquier actividad. Hasta en sus últimos días, cuando ya no podía pararse de la cama, pedía un platón con agua tibia y jabón donde dispendiosamente, se las lavaba, entrelazando los dedos, frotando las uñas sobre las palmas, frotando fuerte, hasta borrar cualquier rastro o huella de suciedad. Nunca encontré su cama destendida, apenas se levantaba, la tendía. Todo tenía un perfecto orden en su habitación, casi impecable, como él. Lo recuerdo siempre sentado en la sala, leyendo el periódico, tomando el café o viendo televisión, sentado en su sillón, siempre pulcro. Su abrazo estaba impregnado de un olor a limpio.

Sólo una vez encontré su cama destendida, solo una, fue la única y la última.

Imagino a mi abuelo habitado por el polvo, inmóvil en la casa. Tenía pesadillas con él desintegrándose, viendo como poco a poco se volvía partículas, corpúsculos, tierra..., quedaba su montaña y yo seguía preguntándome: ¿A dónde se fue su calor?

Un cepillo ajado, con pocas cerdas en la cabecera fue encontrado en un cajón, después de años de abandono, años de estar inerte. Lo agarraron del mango y el polvo cayó. –Abuelo, ¿no lo entiendes? Quizás nunca lo supiste, pero tu ausencia fue el final del gesto, la inutilidad del cepillo y el comienzo del polvo. La casa se inundó de polvo, aunque se barrierá, aunque se limpiara de todas las formas, la invadía el polvo. La casa era como una canoa con mucha agua adentro; y nosotros los integrantes que, a paladas y a remazos, queríamos sacar el agua para no hundirnos. Mientras más nos esforzábamos más agua entraba. Mientras más limpiábamos, más polvo surgía. Claudicamos, lo aceptamos y la casa se cubrió de un polvo denso, casi nos ahogamos. Yo vivía en vigilia protegiendo la casa, protegiendo el objeto.

La vi caerse a pedazos. La grieta al comienzo era pequeña y por eso no nos preocupamos, lo vimos tan normal. Una grieta en la pared de una casa antigua, se ha visto antes, no hay que preocuparse, ya pasará. Pero de pronto empezaron los temblores, las movidas del piso. La grieta se hacía enorme y no hubo forma de pararla. Crecía, mientras dormíamos, rompía cada vez más la última pared recta del espacio. Sin embargo, ese objeto, de madera y de metal seguía erguido, como si nada lo derrumbara. Entonces ninguno quiso mirarlo y ahí fue cuando el acto aconteció. Poco a poco las paredes fueron cediendo a la ruptura y la casa se derrumbó. Nosotros, asustados nos cubrimos completamente hasta que todo acabó.

Ahí sí la contemplamos, seguía erguida la máquina y dimos el primer paso y abrimos su cajón.

–Mija, rece conmigo, venga, que rezar es bueno, arrodílese y pida por nosotros, que Dios escucha a los niños, que Dios es bueno. –Abuela, creo que Dios me ha abandonado, he perdido la fe. Ya es tarde para un rosario a cuestas y palante, hay que aceptarlo y ahora soy huérfana.

Ella fue la que empezó a querernos  
hacer recobrar la fe. Creó un museo  
por la potencia del olvido, tejió una  
red que no podía atrapar el agua, pero  
quedaba mojada y los peces sobrevivían  
por esa poca humedad abierta en el  
tejido.

Recuerdo ver las fotos familiares y  
ver a más de veintiún personas en la  
mesa. Y es que cuando somos niños  
las ausencias no las entendemos.  
Los vi desaparecer como parpadeos,  
hacer una cuenta regresiva con los  
dedos. Ahora tengo cuatro dedos  
levantados cuando comencé con las  
manos abiertas. Cuatro, tres sin mí.  
Qué número tan cercano a la ruina, a la  
desaparición.

Uno, dos, tres, cuatro. Tres sin mí.

Yo me imaginaba tejiendo con ella,  
con los dedos entumecidos, en la  
repetición extrema de la tarea. Ella  
tejía, tejía redes con lápices de colores,  
con agujas e hilo; que querían pescar  
peces del aire, sanar las heridas del  
tiempo y las grietas de los objetos.  
Punto cadeneta, un punto bajo, punto  
medio, punto raso. Cadena, cadeneta,  
canaleta y una calada más. Sus  
puntadas parecían escritas. Escribía  
con facilidad. Un lenguaje de las telas,  
un lenguaje del aire, con el aire y nada  
más.

Ven, acércate, escúchame que  
quiero ser escudriñada. Mírame,  
contéplame y luego ven, no tengas  
miedo, no seas tímida, mi secreto está  
a salvo contigo. Soy una montaña llena  
de secretos, mis cajones están abiertos,  
con grietas y el polvo me invade. Soy  
un objeto con tos de lo antiguo. No  
dejes de mirarme, no me ignores, sé  
que me ves. Acá estoy frente a ti.

Imagínense desaparecer ante tus propios ojos, saber que estás dejando de ser tú y que tus más preciados recuerdos, lo que te compone, ya no te pertenece, que aunque trates arduamente de no soltarlos ellos solo se van, sin que tú puedas hacer algo. Ella lo sabía, estoy segura, pero por su propia vanidad no quería aceptar lo que estaba sucediendo. Se hacía la fuerte, la que no iba a dejar que eso la venciera.

Pero eso no le correspondía y dolía más. Es un miedo al olvido que todos tenemos (¿tengo?), pero sinceramente, creo que no se puede ir contra ello. Muchos desaparecemos o desapareceremos sin darnos cuenta.

Sonaban las porcelanas, sonaban al chocar. Lentamente busqué los trozos, pero nunca los encontré. Sigo escuchando ese sonido que inunda las habitaciones, la casa completa. Es como un fantasma de la casa, sus sonidos resuenan como lamentos por la casa. Pocos escuchan. Un sonido que solo llega al barrer la casa. Al escucharlo, de repente

Lo más lindo de una hoguera cuando se apaga es ver la forma del humo. Esa es la imagen de la enfermedad reina del olvido, somos la última facultad de la madera, ser humo es lo que nos queda. Veo la hoguera consumiéndose y pienso en ella, pienso en una postura hacia el olvido, a la contemplación, no en la salvación.



Bogar significa Remar  
Trite que etá la noche,  
La noche qué trite etá;  
No hay en er cielo una etrella  
Remá, remá.  
(...)  
Qué ejcura que etá la noche,  
La noche qué ejcura etá;  
Asina ejcura é la ausencia  
Bogá, bogá!  
Canción del Boga ausente, Calendario  
obeso

Existieron en algún momento de la  
historia, cerca del nacimiento del

pueblo, unas figuras fuertes, de los ancestros del río, de los anfibios, del agua y de la serpiente de la Magdalena: Los bogas. Los bogas eran un grupo de pescadores que eran respetados por guiar los barcos por los canales del Magdalena. Hay muchos mitos sobre el boga, que era mitad pez, mitad humano. Tenía poderes sobrenaturales y podía pescar los peces con su propia mano y a veces con la boca. Se cuenta que la gente a veces les tenía miedo, porque tenían una parte animal, casi nunca pisaban tierra, todo lo que hacían era remar y remar.

El boga es un símbolo de Mompox. Todavía el río tiene pescadores y lo conocen como la palma de sus manos, pero el boga desapareció. Ellos vivían en el río, navegando con alguna libertad, más de la que tenían en tierra, pues eran esclavos de guiar los barcos, de escuchar las órdenes y no del agua como ellos querían, sino de la voz tronante que les señalaba el camino a seguir. Se cuenta que los bogas al ser más de agua que de arena, se les consideraba figuras extrañas, casi fantásticas, salvajes, algo irreal. Tenían palos largos, sacados de los manglares,

que eran usados como remos y eran como su andar. Andaban haciendo caminos, aunque no sobre la mar. Eran el timón de los barcos y tenían la fuerza en los brazos para levantar a toda una tripulación.

El boga desapareció. Queda su eco en el río.

Bogar, bogar, bogar.  
Remar, Remar, Remar

Admiro a los pescadores, pero los areneros me causan una gran curiosidad, siento que sus ancestros son los bogas y quizás también son mitad pez, conocen el río con gran facilidad y se cuenta la arena al sacar, también relata a los bogas, el bogar; remar para adentro del río, donde está la oscuridad.

¿Será que también tienen poderes sobrenaturales?

Me desperté a ver el alba, a navegar el río. Ahí en la orilla del río, encontré una canoa y una garza manejaba la canoa. Pensé entonces que era un sueño, por que las garzas no pueden manejar, pero sin preguntarme mucho, me adentré al río. Subí a la canoa y me senté a ver al pájaro navegar por el río. La garza usaba su pico para remar y una de sus alas como dirección. Me pregunto ¿por qué no volará? Si yo fuera ave, sólo volaría y no necesitaría navegar por el río. La garza para, mueve una ala, pero la otra queda quieta, no la mueve. Me doy cuenta que sólo tiene un alá, y empieza a cantar; es un canto seco y poco melodioso, pero repetido. La garza camina porque le toca, canta cuando puede, porque no puede volar. La garza se voltea, me mira y parece que va a hablar, pero no, ahí me despierto.

¿Será que, como los bogas, Eliseo tiene poderes sobrenaturales?

El poder de Eliseo es abrir las aguas;  
cantar, aparecer en los sueños y hacer  
prender más lento el alba.

Inventemos un lenguaje, ya que tú has olvidado el tuyo. Cogeré esfero y papel y empezaré a escucharte. Con cuidado te iré escuchando, haré un diccionario para que podamos comprendernos, lo hablaré contigo, solamente contigo.

Tranquila, sé que no recuerdas las palabras, ya no te angusties. Solo ayúdame a crear un nuevo lenguaje, prometo escucharte atenta, escuchar tus sonidos, tus acciones y tus señales. Miraré que señalas y la palabra que formas, le daremos sonido, estudiaremos de fonética y trataremos de hacer una pequeña enciclopedia nuestra. Vámonos por los neologismos. Yo sé que es difícil, tranquila, no te preocupes, que lo haremos con calma, pero por favor todavía no te vayas, no dejes de darme las palabras, no importa que te digan que no son palabras, que no significan nada, no les pongas cuidado. Sé que a veces no sabes qué pasa, sé que me cuentas historias, solo que no te entiendo.

Haré entre nosotras un lenguaje tan maravilloso, que todos los idiomas nos miraran envidiosos, nos preguntaran cómo hicimos y yo, recelosa, haré

las traducciones de nuestro idioma,  
pero te miraré de reojo y sonreiremos  
discretamente alegrándonos de  
nuestro secreto.

A mi tía Inés la invadió el alzhéimer  
y José me la recordaba. Ella, al final,  
olvidó el lenguaje, y las señas fueron su  
aliado por muchos años, yo quise que  
el gesto perdurara y sus manos crearon  
un alfabeto. Es algo que solo ella y yo  
comprendíamos, de la misma forma  
que Carmen y José se entendían.

José me hace pensar mucho en la repetición. Los gestos que repite para poder comunicarse, o mejor dicho los que tuvo que inventar con su mamá para poder hacer un lenguaje. No eran muchas las palabras, era un ciclo donde creo que se sentía atrapado, sin saberlo porque no sabía que había uno propio, una lengua que lo incluía. Ahora conoce las señas, y se liberó de las palabras mudas y pudo expresar un diálogo con sólo un gesto: ¿Quisiera sentarse?

Mi abuela tenía el pelo más lindo de todos. Todas lo heredamos. Fuerte, abundante y sólo a sus 85 años empezó a volverse gris del todo. En sus últimos años no dejaba que se lo cortaran, aunque ya le llegaba debajo de la cintura. Siempre se peinaba igual. Muy temprano en la mañana se cepillaba muy bien el cabello, se lo recogía en una cola baja y empezaba la labor de hacer una trenza cuidadosamente, sin que ningún pelo saltara al aire. Luego se amarraba esa cola con un caucho hecho de medias veladas dañadas. Esos que se hacen para hacer los rulos improvisados de mujeres con la vida de prisa. Después se envolvía esa trenza en una cebollita ajustada por ganchitos, y se preparaba para salir de la habitación. Amaba su pelo, era como su más grande tesoro para rememorar la juventud.

Una vez mi tía se dispuso a cortárselo un poco y aprovechando que ya no escuchaba bien, un día que ella le hacía la trenza, porque con el tiempo ya no se la pudo hacer ella misma, por la osteoporosis, sus brazos no subían de cierto punto, mi tía Consuelo cogió unas tijeras con las que ella cosía, esas

grandes de tela y rápidamente le cortó el pelo, le hizo la trenza, recogió la cebolla y se dispuso discretamente a ir a la cocina y botar el final de la trenza subida sin permiso. Mi abuela, no se dio cuenta hasta el otro día cuando, peinándose notó que estaba más corto.

Ese día no paro de llorar. Yo le tejí la trenza y entre lágrimas me decía cómo trenzar.

Vamos a ver, primero separa las partes,

Péinalo,

Pasa una parte para atrás, la otra por delante y la tercera por la mitad.

Adelante, atrás, mitad.

Adelante, atrás, mitad.

¿Ves? No es difícil, cógelo fuerte, esto solo sostiene si se trenza con fuerza.

Así es todo, ¿no crees? Un hilo separado no hace nada, un cabello solo no es nada, pero si los juntas,

serán más fuertes.

Todo es así, es cuestión de saber tejer y tendrás hasta la más fuerte tela, del más fino hilo.

...Ahora sigue. Adelante izquierda, atrás derecha, mitad izquierda, cambia. Sigue.

Ella teje, ella es un tejido, yo tejo con  
ella, vamos tejiendo, somos tejedoras.  
Yo y mi abuela tejemos, ella teje  
carpetas y yo tejo las imágenes que  
brotan de mis escritos. Era tejer las  
palabras, tejer las redes, tejer como  
acto absurdo y repetido, un ciclo límite  
de la frontera de lo memorable.

Abuela, yo soy huérfana, he perdido quizás la fe, contemplo la muralla de telas, la máquina Singer. Abuela, la veo y ¿qué saco? Ahora somos cuatro, qué número tan cerca a la ruina, pero meto la mano en las telas, la saco y la meto, la saco y la meto y no encuentro más que botones. La meto de nuevo y sale la cáscara de un huevo. Tan frágil y tan fuerte que es la cáscara, cascarón, coraza, casa...¿Recuerdas abuela? Nosotras la cantamos ¿El puente está quebrado, con qué lo curaremos?... lo malo abuela es que el puente no se cura, la red no rescata el huevo. El huevo no cura un puente, el puente no tiene cura La cáscara se tira, pero no sana mis heridas. Abuela, los peces no comen huevo, los peces no pueden curar sus heridas. Los peces tienen sed la humedad los mantiene vivos, pero no lo suficiente. Abuela, el puente ya está quebrado, pero la red nos retiene. La máquina nos retiene y no nos ahogamos abuela.

Soñé una vez que yo tenía pico, como un pájaro, pero estaba sin alas. Soñé también esa misma vez, que yo me encontraba con mi pico y luego, de la nada me miré y aparecieron las alas. Yo fui feliz, desplegando mis alas y empecé a volar. Volando encontraba a mi familia y quería contarles lo que me había pasado, las aventuras y las desgracias, pero entonces mi boca-pico no pronunciaba palabras, no podía decir nada, pues los pájaros no hablan. Vi como me miraban con extrañeza, desde lejos mi familia. Yo sentía que lloraba, pero los pájaros no lloran entonces solo graznaba más fuerte. Al verme en esa metamorfosis tan rara, me senté y cubrí con mis alas mi cara y me dispuse a llorar-no llorar agachada de esa forma. Cuando abrí los ojos, vi que todo estaba oscuro y que mi pico-boca no estaba y ahora era más boca que pico. Yo palpando mi boca extrañada quise gritar, pero voz no tenía. Entonces, empecé a caminar y me di cuenta que estaba dentro de algo redondo atrapada, como un huevo, pero como ahora no tenía pico, no podía romper el cascarón. Los sueños son raros, pero creo que este era una premonición y al menos en mi despertar si pude salir y romper el cascarón.

Mira abuela, he sido tejedora, creé imágenes y tú creerías que es algo absurdo y no te equivocarías. Soy también Sísifo, y así como él seguirá cargando su piedra, una y otra vez, yo seguiré creando imágenes, y nunca llegaré a una imagen final para contener el olvido, pero no podré detenerme, porque no sé hacer otra cosa más que agarrar y seguir creando, para que alguien encuentre en ellas su propio gesto hacia al olvido, como yo lo encontré en ti. Abuela, yo también tejo, de mi propia manera, tejo palabras, tejo mundos, tejo imágenes, tú me enseñaste a tejer. No pude curar el puente, pero seguiré formando mecanismos, materias que me devuelvan la fe, la calma. Estarías leyendo esto y estarías molesta en algunas partes, confundida por mi escritura en otras, pero también me dirías que tú eres también una creadora y así es... He visto en mi un teatro de la memoria, un teatro que contiene el olvido y no lo destierra, como tú lo hiciste, nos agarraste y seguiste adelante. Yo escribo la historia y es mágica, son mitos del origen, una forma de entender el mundo, de verlo y de pararse en él. Tengo magia abuela, soy creadora y tejedora de historias, que quizás logren a alguien más guiar. Y si eso pasa, ¡qué alegría que el ciclo comience de nuevo!